

6. ¿Hasta dónde podemos llegar? ¿Análisis lingüístico cultural de la estructura lingüística polisintética?

Un problema eterno de la lingüística, al parecer, es que cada modelo tiene que «servir para todo». La siguiente sección plantea límites claros a lo que puede hacer una perspectiva cultural: la disciplina «no sirve para todo».

Desde hace más de un siglo, el ámbito habitual de los estudios culturales en el lenguaje era el léxico, que está mucho más cerca de las cambiantes realidades culturales que la sintaxis o la morfología. La lingüística cultural que propugnamos, sin embargo, no quiere quedarse ahí. Aunque es dogma en lingüística aceptar la «arbitrariedad del signo lingüístico» y en la lengua todo es signo, los estudios lingüísticos cognitivos han mostrado que en muchas ocasiones esa arbitrariedad es solamente parcial, porque diversas construcciones sintácticas se han podido explicar como motivadas, aunque habitualmente sin dar el paso final a lo cultural. Muchas veces se habla de los *usos* de construcciones sintácticas, la pasiva, por ejemplo, como motivada por la necesidad de rebajar o eliminar la importancia del sujeto; suele buscarse una explicación en términos de principios sintácticos generales, pero lo cierto es que cuando existe opción, lo cultural puede estar siempre detrás a la hora de decantarse por una u otra, como veremos al hablar del cambio lingüístico.

Además del léxico, también la sintaxis y la morfología (que forman una indisoluble unidad, «morfosintaxis»), y en cierto modo incluso la fonología (morfofonología), tratan del significado: no solo eso, sino que en su uso están determinados por lo que solemos llamar estudios del discurso/el texto y la pragmática. Y donde hay semántica, lo normal es que aparezca la cultura. No entraremos aquí en un catálogo de fenómenos o construcciones de la ([fono]morfo) sintaxis susceptibles de análisis cultural. Un volumen colectivo reciente (Enfield (ed.) 2002) presenta numerosos estudios desde distintos enfoques teóricos, pero también en Sharifian ed. (2015) hay ejemplos, que no son difíciles de encontrar en otros trabajos (p.ej., Suhr 2019). Aceptemos que, en principio, no parece del

todo imposible encontrar elementos de origen cultural, de modo completo o parcial, aunque tengamos que remontarnos a momentos pasados de la historia (a fin de cuentas, sincronía y diacronía forman una unidad).

6.1. Un caso complicado: ¿podemos hacer algo con fundamento?

La cuestión no es ociosa, pues la lingüística histórico-comparada arrastra desde hace mucho más de un siglo las propuestas originales de entender los distintos tipos morfológicos de lenguas como equivalentes a distintos niveles de civilización. Tipos como los de lenguas aislantes, aglutinantes y flexivas corresponderían a distintos niveles culturales, de pensamiento y civilización, lo que nos puede recordar al tema de la evolución cognitiva según Glebkin (2012) y Heinrich (2020), que vimos en un capítulo anterior.

Aparte de eso, que básicamente se ha superado ya, por mucho que permanezca en las ideas sobre el lenguaje de quienes están alejados de la disciplina, la división tenía sentido en términos de complejidad: las lenguas aislantes hacen coincidir básicamente palabra/raíz y forma gramatical, de modo que el chino *dào* ‘ir, camino, Tao’ puede ser sustantivo o verbo, porque no existe diferencia externa entre ambas funciones; si decimos *dào le*, antes *dào liǎo* ‘ir + terminar’ tendremos un «verbo». No hay morfología, solo palabras que indican los elementos del discurso o las relaciones modales o temporales, que son palabras con su significado propio, y una organización de carácter pragmático más que sintáctico.

Las lenguas aglutinantes son más complejas, y a una raíz pueden añadirle afijos que dan todas las informaciones morfológicas necesarias, como en el quechua *riqsinankupaq*: *riqsi* + *na* + *nku* + *paq*, «conocer + sustantivizador + 3ª persona pl + para», es decir, ‘para que conocieran’. Hay lenguas aglutinantes muy simples, como el chino mandarín contemporáneo, o mucho más complejas, pero esta distinción raíz + sufijos o prefijos + raíz es común a todas.

Finalmente, el grupo de lenguas flexivas tiene raíz + sufijos y otras posibilidades, pero suelen producirse combinaciones, de modo que, a diferencia de las aglutinantes, en las flexivas suele ser difícil identificar morfemas distintos para cada función morfológica. Por ejemplo, el árabe *kataba* es ‘él escribió’, pero *kātib* es ‘escritor’, *kitāb* ‘libro’, con plural *kutub*, y muchas otras formas, algunas con prefijos y sufijos: *maktaba* ‘biblioteca’. Pero tenemos ejemplos más cercanos, porque todas las lenguas indoeuropeas (griego, latín, español, alemán, islandés, ruso, sánscrito, hindi...) son flexivas. La forma *rosae* de la declinación

de *rosa* puede ser genitivo o dativo singular, nominativo o vocativo plural, ¿cómo sabemos cuál es cuál? La morfología no nos ayuda, necesitamos del contexto.

6.1.1. Lenguas polisintéticas

Pasemos a las lenguas polisintéticas. ¿Qué son? Según lo que hemos visto, las que muestran un mayor grado de complejidad entre todas las conocidas. Aunque, ¿qué es complejidad? Estamos muy lejos de poder definir con exactitud este término para las lenguas, y tendremos que aprovechar los avances en las «ciencias de la complejidad»; un ejemplo reciente en nuestra disciplina es: Massip-Bonet, Bel-Enguix y Bastardas-Boada (eds.) 2019.

El caso es que, aunque el término *polisíntesis* (creado y definido en 1816 por el francés Duponceau⁵³, cfr. 1819, 1838) y su definición en términos de complejidad morfológica siga estando en vigor hoy día, la precisión es complicada. Duponceau (1838, 89) define así la estructura polisintética y señala su extensión geográfica^{cxxxiii}:

El carácter general de las lenguas americanas consiste en que reúnen un gran número de ideas bajo la forma de una sola palabra; es lo que a los filólogos americanos les ha hecho darles el nombre de lenguas polisintéticas. Este nombre conviene a todas (¡al menos, a las que conocemos!) desde Groenlandia hasta Chile.

En la obra más reciente y completa de las publicadas sobre lenguas polisintéticas (Fortescue, Mithun y Evans (eds.) 2017), con sus más de 1.000 páginas, se cita a Duponceau (1819) en varios artículos. El problema, sin embargo, de «qué es polisíntesis» sigue palpitante, como afirman los editores en su «Introduction» (Forstecue, Mithuns y Evans 2017, 1):

Pese a la pervivencia de este punto de vista (refrendado por Humboldt), resulta que «la esencia de la polisíntesis, tanto los rasgos fundamentales que podrían definir el tipo del modo más provechoso, como otros rasgos que suelen asociarse con ella, siguen siendo tema de discusión hasta hoy^{cxxxiv}.

⁵³ Escrito también Du Ponceau (1769-1844), lingüista y filósofo francés, que en 1777 se asentó en América; murió en Filadelfia. Conocía numerosas lenguas antiguas y modernas y produjo algunos análisis lingüísticos de gran interés.

En la introducción, los editores añaden otros rasgos importantes, como el hecho frecuentísimo de que la complejidad se expresa sobre todo en el verbo, y muy especialmente los argumentos (actor, paciente, instrumento, etc.), modales, referencias temporales, espaciales, etcétera (p. 2), pero también las construcciones con incorporación (en español podría ser *«me pelolavo» en vez de «me lavo el pelo»), habitualmente del paciente o, en términos sintácticos, el complemento directo. Pero no es posible definir de modo definitivo las características mínimas y suficientes para definir lo que es una «lengua polisintética».

Sabemos que la polisíntesis refiere a la complejidad, sobre todo morfológica, y especialmente en el verbo. Y sabemos que es muy difícil definir la complejidad. A ello está dedicado el artículo de Östen Dahl (2017), que proporciona un análisis que no podemos considerar concluyente y definitivo. Así sucede, por ejemplo, con el euskera o la mayoría de las lenguas caucásicas, como el georgiano. Y es que, como en casi todo en el lenguaje, los límites no están marcados con nitidez y hemos de operar con gradualidades cuyo manejo científico es complicado (cfr. Bernárdez 1995). Fortescue (2017a) pone de manifiesto, otra vez, la dificultad de definir estos términos adecuadamente. Tras un estudio de las *holofrases* de estas lenguas como representaciones acumulativas de sucesos, procesos o estados de cosas complejos (núcleo básico + ampliaciones + determinaciones etc.) llega a la conclusión de que todo ello no nos lleva mucho más allá de las propuestas de Sapir de hace un siglo, aunque defiende que su propuesta es que «lo que es común a estas lenguas holofrásticas es una morfología relativamente abierta que se hace cargo de las funciones de la sintaxis en las lenguas analíticas» (p. 131)^{cxv}. Un ejemplo claro de holofrase es el siguiente (Fortescue 2017a, 127), del inuit:

Nannu-n-niuti-kkuminaR-tu-Rujussu-u-vuq

Oso.polar-coger-instrumento-útil-PART INTR-enorme-ser-3^asg IND

Él (se sobreentiende: un perro) es estupendo para usarlo para cazar osos polares.

6.1.2. ¿Es posible aventurar algo sobre la relación del tipo lingüístico polisintético con las culturas de los pueblos que las hablan?

Fortescue, Mithun y Evans (eds.) 2017 incluyen un trabajo de Peter Trudgill que entra directamente en el tema. El sociolingüista británico parte de la

idea de complejidad, llegando a las conclusiones de parcial indefinición que ya conocemos. Pasa a la cuestión de la dificultad de aprendizaje, en el supuesto de que las lenguas polisintéticas resultan más difíciles que otras para el aprendiz ajeno al grupo. Un lingüista que haya recorrido lenguas muy diversas puede afirmar que la gramática (fonomorfosintaxis) de lenguas flexivas es más difícil para el hablante extranjero que las aglutinantes; el latín o el griego clásico (no en su integridad, sino en su gramática) son relativamente regulares, pero con muchas zonas de dificultad; lo mismo sucede en otras lenguas flexivas. Si la regularidad es elevada y no hay apenas cambios significativos en las formas de la raíz, como sucede en árabe, el aprendizaje de la gramática no es difícil; en todo caso, menos que en griego clásico o sánscrito. Una lengua estrictamente aglutinante, como el quechua o el turco, donde la base del elemento significativo principal (sustantivo o verbo) es prácticamente invariable y cada sufijo tiene siempre la misma forma y es siempre idéntico a sí mismo, o cambia en forma sistemática, no plantea dificultades exageradas.

Una lengua polisintética y, además, con elementos de flexión (la raíz es muchas veces difícilísima de identificar) es el navajo (Faltz 1998; Trudgill 2017, 194). En esta lengua del SW de EEUU (originaria, sin embargo, del NW del continente), aprender reglas de cómo formar los diversos tiempos y los numerosos modos, así como las personas verbales, etcétera, es escasamente útil: es preferible aprender de memoria los paradigmas para cada forma verbal. En latín o castellano, si sabemos la clase de conjugación de un verbo, nos basta conocer los principios de formación para construir cualquier forma del mismo, aunque siempre puede haber alguna irregularidad regular, como en *jugó – juego*, o irregular propiamente, como en *voy-vengo*. Esto es imposible en lenguas como el navajo, su primo el apache y otras muchas de la parte septentrional del continente. Pero, como señala Trudgill (2017, 195), la dificultad no radica tanto en el carácter polisintético del verbo como en la frecuencia de la fusión, que suele ser más típica de las lenguas flexivas.

Los niños, evidentemente, aprenden su lengua con la misma facilidad con que cualquier otro niño aprende la suya propia. El problema está en los adultos, que tienen ya asentada una gramática y se ven obligados a pensar de otro modo al aprender y utilizar uno de estos idiomas. De modo que no todas las lenguas polisintéticas son igual de difíciles (ya sabemos que tampoco son igual de complejas, aunque todas lo sean en un grado considerable). Lo cierto es que discernir elementos culturales detrás de la simple complejidad o dificultad para no hablantes parece tarea, si no imposible, tremendamente ardua.

Trudgill propone dos rasgos de las lenguas, desde un punto de vista social, que pueden servirnos de punto de referencia. Por un lado, se trata de lenguas con un número reducido de hablantes; en segundo lugar, apenas poseen contactos duraderos con otros grupos y sus lenguas. Ambos rasgos nos parecen dudosos. El mapudungun (o mapuche) es hablado por casi medio millón de personas y el náhuatl por más de dos millones. El navajo cuenta con más de cien mil hablantes y desde su llegada al suroeste de EEUU, hace setecientos u ochocientos años, ha estado en contacto con las lenguas de los indios Pueblo, otras lenguas indias vecinas, y después con el español y, mucho más tarde, el inglés. No ha modificado, sin embargo, su carácter polisintético. Es cierto que, hoy en día, la inmensa mayoría de las lenguas polisintéticas son habladas por pocas personas y se encuentran en zonas relativamente aisladas. Tal vez sea este uno de los rasgos más significativos para poder establecer un nexo con la cultura, aunque no está claro cómo sería tal nexo.

Trudgill (p. 202) propone la hipótesis de que las lenguas más antiguas de la historia de la humanidad podrían haber sido de tipo polisintético⁵⁴ y que el progresivo aumento de contactos fue llevando a una simplificación dirigida a hacer más fáciles los contactos con otros grupos, algo que se ha podido observar tanto en las Américas (sobre todo en el Amazonas) como en el norte de la India y otras regiones del globo. Tal vez podríamos ver algo que apuntara a esto mismo en la actual distribución geográfica de estas lenguas, totalmente ausentes del continente africano, lugar más antiguo de la humanidad y, en consecuencia, de las lenguas, y con ejemplos dudosos en la Europa sudoriental (Cáucaso... más vasco). Desgraciadamente, se trata solo de hipótesis construidas sobre otras hipótesis, aunque puedan llegar a ser útiles como vías de aproximación al (¿posible, supuesto?) carácter cultural de la polisíntesis.

6.2. Conclusión

De lo visto no podemos extraer la conclusión definitiva de que es imposible ver elementos culturales en la polisíntesis. Ciertamente, si dejamos de ver este tipo lingüístico como una unidad y tenemos en cuenta que distintas lenguas pueden utilizar este tipo de construcción con fines diversos, es decir, que *no*

⁵⁴ Aunque existe también la hipótesis opuesta: las lenguas polisintéticas serían un desarrollo histórico relativamente tardío (cfr. Fortescue 2017b, 218). En cambio, Aikhenvald (2017, 285) favorece también la idea de que la polisíntesis es una antigua herencia. Como vemos, ni siquiera en este tema tan general podemos llegar a conclusiones definitivas.

toda la gramática de cualquier de ellas es polisintética en la misma forma o en el mismo grado, sería posible una aproximación a aspectos concretos donde lo cultural sería más visible. Aikhenvald (2017) indica que en el Amazonas existe una preferencia por incluir en el verbo las marcas de modalidad, incluyendo evidencialidad, aspectos afectivos y similares, es decir, que se caracteriza con especial preferencia la representación de procesos-sucesos-estados con esa especificación tan completa en el verbo. En el capítulo sobre evidencialidad hemos visto que es factible una aproximación cultural a este fenómeno, frecuente también en las lenguas polisintéticas, aunque no solo en ellas. ¿Por qué no en otras?

Pero no creemos que se pueda hablar de culturalidad de un tipo de lengua como este, igual que no parece prudente proponer rasgos culturales como responsables totales o parciales de los demás tipos, es decir, aglutinación, flexión y aislamiento.

Y volvemos a la premisa que nos acompaña todo el tiempo: para poder hablar de lo cultural en el lenguaje necesitamos descripciones detalladas de las lenguas (que no siempre tenemos), a ser posible con mucha profundidad histórica (de la que rara vez disponemos), así como de la realidad cultural e histórica de los pueblos que las usan.